

Gente positiva

Harto de darle vueltas a un artículo para este periódico, salgo a dar un paseo. Son las últimas horas de luz de un día no muy caluroso de julio y la calle Mayor bulle con el paso de la gente. Me saludan un montón de hombres y mujeres. Viéndolos, me parece mentira que piensen y sientan igual que yo. Pero lo hacen, aunque sus dolores se me olviden en cuanto dejo de verlos y sus alegrías no depositen en mi alma más que un poso incierto. Algunos de ellos son personas verdaderamente admirables, aunque probablemente ninguno tendrá nunca una calle con su nombre y le esté vedada esa mínima gloria que supone el perdurar en los anales de los pueblos hasta que una inundación o un incendio o los ratones o, simplemente, el destructor paso del tiempo acabe convirtiendo el papel en polvo y la memoria en olvido.

Hace tiempo leí un artículo sobre ellos. Tienen un nombre que, en beneficio del amable lector, ahora lamento no haber apuntado. Recuerdo que me llamó la atención porque alguna vez había reparado en lo bondadoso de su influencia, quizá al hilo de una conversación de amigos o al buscar razones mientras escribía un artículo parecido a éste. Entonces me pareció que podía aplicárseles lo que dijo Jesucristo de sus discípulos: “Vosotros sois la sal del mundo”. La metáfora, aunque para causas y efectos distintos, es perfecta. A los seres de los que hablo los pones en medio de un grupo cualquiera y, no se sabe muy bien por qué ni cómo, pero provocan alegría, paz, optimismo, concordia. Y no me refiero a esos que parecen bobos de puro buenos, que, más que provocar optimismo, o queman la sangre de quienes conviven con ellos o vuelven el ambiente soñoliento y cachazudo. Las personas a las que me refiero son resolutivas y deciden, aunque siempre extreman las formas, a fin de que el daño generado sea el menor posible. No suelen llamar la atención o, para ser más exactos, sólo llaman la atención cuando no están, porque se echan de menos, igual que le pasa a todo lo imprescindible para la vida, como el

aire o el agua. Por ello la lista de acciones u omisiones positivas (no diré buenas) que podría hacerse con su actuar diario es enorme pero difícil de realizar, pues hay que pararse a investigar en el detalle, en lo minúsculo, en lo sin importancia. En algunos casos, son queridos, pero no estimados (al menos no son admirados), porque alumbran, pero no relucen, porque son generosos, pero no se hacen publicidad, porque sonríen y provocan una sonrisa, pero no provocan el estertor de la carcajada. No tienen por qué tener un cargo ni que ser más guapos ni más inteligentes y, en algunos casos, ni siquiera tienen que ser más simpáticos. Y todo ello sin hacer nada especial, con el mínimo esfuerzo de mostrarse ante los demás tal y como son, normalmente con el simple hecho de disfrutar con cualquier cosa y de ser felices a pesar de lo pueda estar cayendo.

¡Qué diferencia con los otros, que también los hay! Ésos que incluso sin querer provocan a su alrededor sufrimiento, dolor o, simplemente, tristeza, que son pesimistas insufribles y cuando se alejan de nosotros se nota lo que un enfermo crónico llamaría el milagro de una mejoría repentina. Y, como los anteriores, sin hacer esfuerzo alguno, sólo mostrándose como son en realidad, seres tristes e infelices, incapaces de disfrutar con lo hermoso y lo bueno.

Me tiento terminar con moraleja o recomendación, pero no lo haré, quizá porque resulta evidente y sonaría a moralina. En su lugar, citaré a Borges, uno de cuyos poemas empieza así: “He cometido el peor de los pecados/ que un hombre puede cometer./ No he sido feliz”.

Juan Bosco Castilla